



EL IMAGINARIO DEL AMOR TRÁGICO EN LA POESÍA DE GABRIELA MISTRAL

Gilda Pandolfi Setti¹

RESUMEN:

La poesía de Gabriela Mistral, movilizada por una tensión trascendente de carácter teológico, se despliega en torno al sentido del amor, la vida, sus elementos y la muerte, en una realización existencial y poética, que aspira a lo eterno y, por tanto, a lo trágico.

Palabras claves: Dios, eternidad, amor, tragedia, dolor.

ABSTRACT:

*THE IMAGERY OF TRAGIC LOVE IN GABRIELA
MISTRAL'S POETRY*

Gabriela Mistral's poetry, activated by a transcendent tension of theologian character is displayed around love, life, its elements and death from an existential, poetic viewpoint which aims at eternity and consequently at tragedy.

Key words: God, eternity, love, tragedy, pain.

Toda poesía se debate entre la limitación y el absoluto, y en una ardiente y atormentada ascensión, trasciende a la Belleza. Este trascender tiene dos dimensiones, una aspiración a lo Absoluto en términos ontológicos, y una tensión a lo Absoluto, en términos teológicos.

Así como la gran poesía acusa siempre la tensión hacia esa expresión suprema de lo poético en su intento de alcanzar el Ser, y se la percibe, como queja de ese "himno gigante" ante la limitación de la palabra; como jadeo ascensional que duele; como insatisfecha búsqueda del absoluto en la Belleza; la poesía de Gabriela Mistral trasciende religiosamente en búsqueda de lo eterno.

Gabriela vive su infancia religiosamente. La madre es la típica madre modesta de Chile, del campo o de los pequeños pueblos rurales, sostenedora de la familia, a pesar de todo. El padre, cantautor... canta, declama, compone, toca guitarra y se va por largos períodos sin decir nada. A veces, regresa...

Este hecho deja tres mujeres solas en casa: la madre, Gabriela y la hermana. Al atardecer leen la Biblia y apoyan su desconsuelo en Dios. Dios es una presencia no sólo verdadera y religiosa, sino casi física; se le habla, se la ruega, se conversa con Él, es un Ser que convive con ellas.

Gabriela crece profundamente religiosa. Su Dios es un Dios de fe, sin dudas, sin búsqueda, amasador con su ser desde la infancia. Es un Dios que la impregna de un sentido religioso de la vida.

* Fecha de Recepción: Agosto 2008.

Fecha de Aceptación: Septiembre 2008.

¹ Pandolfi Setti, Gilda, Departamento de Castellano, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, Chile.

No podría pues extrañar que el destino poético de Gabriela, esté marcado por una tensión a lo absoluto, que se expresa poéticamente en la busca de la dimensión total de lo poetizado.

Su poesía mana de la fuente del amor, de la significación del mundo y sus elementos, del sentimiento de la muerte, y persigue en las experiencias existenciales temporales, la dimensión de la eternidad.

Como ya lo señalara Federico de Onís, “*el sentimiento cardinal de su poesía es, en el fondo, ¡anhelo religioso de eternidad!*”² que define su ser y su poesía, y determina la actitud de todo arte religioso, es decir, trágico.

Todo espíritu religioso es trágico, por cuanto, existiendo en un mundo relativo, anhela lo absoluto; estando aprisionado en los límites, aspira a lo infinito; pese a transcurrir en el tiempo, aspira a lo eterno; tiende al Ser y es sólo Existencia. Por esto, Gabriela, tanto en su experiencia existencial, cuanto en su creación poética, tratará de alcanzar lo absoluto, lo infinito, lo eterno, oponiéndose tenazmente, a lo relativo, lo limitado y temporal, aunque en ello consuma su existencia.

De la experiencia trágica del amor, nace *Desolación*.

Desolación es el poemario del sentimiento del amor, sentido y vivido como religión, es decir, trágicamente.

El amor, en la experiencia de Gabriela, es de intensidad consumadora. Nunca es motivo de felicidad, de plenitud, de gozo, o estabilidad, sino de una ansiedad desatada, nunca colmada, nunca suficiente. “*O todo o nada*” dirá, herida del ansia de una naturaleza consumadora de fuerza terrible; es el concepto religioso del amor, que no obstante su ansia de absoluto, debe discurrir entre las limitaciones y contingencias humanas, que desembocan en la inevitable desolación.

El Amor-Dolor

Su sentido del amor es absoluto, total, plenificante; buscará los modos más definitivos y totales para la realización del amor, no por la felicidad de sí misma en el amor, sino por la eternización de sí en el amado.

Si tú me miras, yo me vuelvo hermosa
como la hierba a que bajó el rocío,
y desconocerán mi faz gloriosa
las altas cañas cuando baje al río.

Su amor será total y absoluto pero estará expuesto al engaño, a la traición, a la debilidad, a la muerte. Por eso, el Encuentro con el amor, no es éxtasis, sino entrada al Dolor.

Lo he encontrado en el sendero.
No turbó su ensueño el agua,
ni se abrieron más las rosas.
Abrió el asombro mi alma.
¡Y una pobre mujer tiene
su cara llena de lágrimas!

² F. de Onís, *Antología de la poesía hispanoamericana*, Madrid.

El amor se abre en imágenes del hallazgo amoroso./ abrió el asombro mi alma;/ el mundo se transfigura desde la mirada del amor./ miré la senda, la hallé/ extraña y como soñada./ Quedó en el aire/ estremecida mi alma.

Las imágenes dolientes plenifican el poema, en contraste con las de la felicidad recién descubiertas./ ¡y una pobre mujer tiene/ su cara llena de lágrimas./ y en el alba de diamante/ tuve mi cara con lágrimas!/.

Su imaginario se llena de los opuestos, entre el motivo expresivo del hallazgo amoroso, y el dolor sin motivo, del amor./, ¡no importa! Quedó en el aire/ estremecida mi alma/ ¡Y aunque ninguno me ha herido/ tengo la cara con lágrimas!/.

La sola aparición del amor, en su incapacidad de absoluto y eternidad, genera el dolor implícito a su naturaleza, que se hace en el poema, una secuencia reiterada de “*cara con lágrimas*”.

Amor-Pacto sagrado

En *Dios lo quiere*, Gabriela reconocerá en el amor la disposición de Dios. El amor tomará forma de “destino” y hará eterna una experiencia que se siente sagrada, y por tanto, inviolable, en cuanto pacto sellado por Dios.

Dios no quiere que tengas
sol si conmigo no marchas;
Dios no quiere que tu bebas
si yo no tiemblo en el agua;
no consiente que tú duermas
sino en mi trenza ahuecada.

Un tono bíblico estremece los versos. Dios es invocado como testigo: *Dios no quiere que tengas.../ Dios no quiere que tú bebas.../ no consiente que tú duermas.../ si no se cumple el pacto de amor. Ante la traición al pacto sagrado, la amenaza de la maldición crispa los versos: / la tierra se hace madrastra/ si tu alma vende mi alma/. Llevan un escalofrío de tribulación las aguas./ Pero le va a brotar víboras/ la tierra si vendes mi alma.* Es la Biblia del Antiguo Testamento con un Jehová terrible, que aparece amenazante y castigador a quien infringe sus reglas, pero que además, convierte todo el ámbito de la vida y las experiencias humanas, en recinto sagrado inviolable.

Amor-Trascendente

En *Íntima*, Gabriela le explica a su amado, el por qué no le basta a su ansiedad, la simple satisfacción física del amor;

Porque mi amor no es sólo esta gavilla
reacia y fatigada de mi cuerpo,
que tiembla entera al roce del cilicio
y que se me rezaga en todo vuelo.

Es lo que está en el beso, y no es el labio;
lo que rompe la voz, y no es el pecho;
¡es un viento de Dios, que pasa hendiéndome
el gajo de las carnes, volandero!

Dios preside la experiencia humana de Gabriela. Su amor es trascendente, se eleva más allá de sus besos y sus labios, *les lo que está en el beso y no es el labio/*, y *la imagen del temblor al roce del cilicio/ como gavilla reacia y fatigada/*, *al contacto del amado, no es sólo*

forma de su amor, sino es, / un viento de Dios, que pasa hendiéndome/ el gajo de las carnes, volandero!/: es esencia desprendida de su temporalidad y de su concreción física, que dan cuenta del sentido trascendente del amor a que aspira.

Amor y Límite

Maravillada ante el amor, ante la absolutidad de su sentimiento, Gabriela ya siente el temor de lo relativo, de lo limitado, de lo temporal, en el amado. Se cierne sobre ella el miedo a perderlo. *Desvelada*, recoge su temblor:

Como soy reina y fui mendiga, ahora
vivo en puro temblor de que me dejes
y te pregunto, pálida a cada hora
¿Estás conmigo aún? ¡Ay! No me dejes!

La pregunta y la súplica, confrontadas en el mismo verso en poderosa imagen, configuran en la experiencia amorosa y en su creación poética, su lenta desolación. Expresada en formas tan leves como *Balada*, o tan tremendista como *Dios lo quiere*, logra dar en la palabra, con el tono herido como su alma lo experimenta.

El pasó con otra
yo le vi pasar.
Siempre dulce el viento
y el camino en paz
¡Y estos ojos míseros
le vieron pasar!

Gabriela ha logrado crear, en la inmovilidad y congelación de la escena, lo devastador del suceso, que discurre y se disipa, en el silencio de lo terrible.

En expresión más desahogada y terrible, su desolación adquiere resonancias bíblicas de castigo divino.

Si te vas y mueres lejos
tendrás la mano ahuecada
diez años bajo la tierra
para recibir mis lágrimas
sintiendo cómo te tiemblan
las carnes atribuladas
¡hasta que te espolvoreen
mis huesos sobre la cara!

Aparece aquí, la Gabriela subterránea, la de las sombras y los huesos de los muertos, la de la vida que respira, habla, tiembla y se atribula, bajo tierra, tras la muerte. Imágenes de descendimiento al Infierno, configuran los poemas de la venganza y la traición y la muerte.

Dios lo quiere, es el poema de la venganza por traición a un amor-religión absoluto, profanación a lo sagrado, por eso la venganza ha de ser sin tregua ni aplazamiento.

Sabrás que en nuestra alianza signo de astros había
Y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

Ante la experiencia de la traición del ser amado, Gabriela, terrible, se atreverá a asumir la más trágica experiencia del amor sentido como religión: preferir la muerte del ser

amado. Pedirá para el traidor la muerte, pero cuando ésta se haga real, comprenderá que “ha perdido el alma”.

Tal vez lo que yo he perdido
no es tu imagen, es mi alma
mi alma en la que yo cavé
tu rostro como una llaga.

Gabriela, ante la imposibilidad de recuperar la presencia del amado perdido, procurará reconquistarla por el Dolor, bajo la forma de la obsesión y la angustia, la protesta y la blasfemia, hasta la propia condena.

Como será imposible volver a tener al ser perdido, imaginará la obsesión de su cuerpo bajo tierra, y soñará con el momento de su propia muerte en que pueda alcanzarlo. Imaginará, salvajemente, la pertenencia celosa de su cuerpo muerto, su descenso bajo tierra en donde se recostará junto a él y se amarán eternamente.

Los *Sonetos de la muerte* estremecen su pluma en el descenso a las sombras.

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombre no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada (Sonetos, I)

...

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente...
¡y después hablaremos por una eternidad! (Sonetos, II)

La evidencia de la muerte del amado, que se concreta poéticamente en un desesperado, /¿Y nunca, nunca más,.../, hacen temblar su poesía en versos desolados.

¿Y nunca, nunca más, ni en noches llenas
de temblor de astros, ni en las alboradas
vírgenes, ni en las tardes inmoladas?

Gabriela, obsesionada, desesperada, desborda en imágenes de clamor, la búsqueda desolada del amado ante la terrible evidencia de no volver a verlo nunca más: /¿al margen de ningún sendero pálido?./ al margen de ninguna fontana trémula, blanca de luna?/ ni en la gruta que vuelve mi alarido?/

¡Oh! ¡no! Volverlo a ver, no importa dónde,

...

¡y ser con él todas las primaveras
y los inviernos, en un angustiado
nudo, en torno a su cuello ensangrentado.

El poema va alcanzando en un “crescendo” dramático, la visión de la ausencia del amado, que se configura en una secuencia de espacios vacíos, en donde no lo volverá a ver nunca más. En *Otoño*, Gabriela poetiza la muerte del amor.

A esta alameda muriente
He traído mi cansancio,
Y estoy ya no sé qué tiempo
Tendida bajo los álamos.

...

y el amor al que tendí,
para salvarme, los brazos
se está muriendo en mi alma
como arbol desflocado.

...

¡Ahora se me va perdiendo
como un agua entre los álamos;
pero es otoño, y no agito,
para salvarlo, mis brazos.

...

Tal vez morir sólo sea
Ir con asombro marchando
Entre un rumor de hojas secas
Y por un porque extasiado.

Melancolía doliente, matizada por los colores áureos de la tarde muriente, entre álamos sin tiempo, Gabriela exhausta tras su viaje existencial desolador, deja irse al amor, */como agua entre los álamos/, sin defenderlo; se libera de su amarra, el vacío la inunda, y con él, llega la Muerte, que reemplaza al amor en su vacío, /Tal vez morir sólo sea/ ir con asombro marchando/ entre un rumor de hojas secas/ y por un parque extasiado.*

Con la muerte del amor se cierra el Ciclo de la Eternidad, y el poeta regresa del su olvido, al Mundo, el Tiempo y la Materia.